

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## HOSPITAL DE AGUDOS DE TAMMERLANE

Eran cerca de las cuatro de la mañana, cuando Angélica no pudo tolerar más aquel maldito dolor de muelas, y se plantó ante su novio, con el cual discutía.

- Me duele mucho... Dejemos esto para otro momento, y acompáñame al Hospital.

- Pero, estamos hablando!! Hay cosas que solucionar! - dijo necio como de costumbre el histérico de Ángel. El rostro de su novia estaba demasiado inflamado, pero eso no importaba. Importaba la pelea.

Sin pensarlo dos veces, Angélica pasó a su lado, abrió la puerta, tomó el pasillo de la pensión, pasó junto a la ventanilla del sereno, y salió a la calle. Ángel salió a alcanzarla.

La tomó por el brazo y la detuvo.

- A dónde vas?! Me dejás con las cosas por la mitad!

- Por si no lo notás, por si no lo escuchaste, esta muela me está taladrando la cabeza. No puedo seguir hablando estupideces del pasado, y terminar con un derrame en el medio del comedor! – y lo apuntó con el dedo. – Hací lo que quieras. Acompáñame o quedate a esperar a que quizás vuelva!

Minutos después, la pareja llegó al inmenso Hospital de Agudos de Tammerlane, un edificio viejo, agrietado y grasiento.

Pusieron un pie en la entrada, y atravesaron la barrera de olor a podrido. De todas formas no dijeron nada. Lo sabían de antemano: aquel lugar público llevaba en sus cimientos los aromas a comida rancia, pies sucios de enfermos, y morgue mal climatizada.

- Necesita un dentista. Le duele la muela. – dijo Ángel, al llegar con su chica a la ventanilla de la guardia. Del otro lado había una mujer de unos cincuenta años, que con su rostro recordaba a una lechuza.

- La boca, querrá decir,... señor. – corrigió la mujer, con aires de grandeza y cierta finura a la antigua. Y clavando su mirada de arpía por sobre los angostos lentes de lectura, preguntó. – Eso no es un golpe?

Ángel miró la credencial que la mujer llevaba en el guardapolvo: Aída Sancro. Recepcionista.

- Qué cosa?

- Es la boca o es un golpe?... Porque si es un golpe suyo, hay que denunciarlo.

- Señora, qué dice?! Es la muela, le dije! Y necesita que la atiendan rápido porque tiene una infección... Mírela, sino!

- Eso espero. En ese caso, lo tendrá que ver el doctor... Así que si son tan amables, van a tener que tomar asiento y esperar a ser llamados.

La pareja se volteó a sus espaldas: en los únicos cuatro bancos sanos del lugar, habían cuatro personas sentadas, más otra en silla de ruedas, todas ellas con un problema en específico, y hasta más grave que el de Angélica.

Se volvieron a la mujer, cuando ésta les pasó un papelucho por la ranura de la ventanilla.

- Con este número los van a llamar... Colaboran con el Hospital de Agudos de Tammerlane, pagando un bono contribución? – enseguida abrió el talonario de bonos y aguardó con la lapicera en mano.

- Trajiste plata? – le preguntó su chico.

- Qué decís?

- Si trajiste plata?... Me olvidé la billetera.

- No traje nada.

- Viste?! Por salir apurados!! Si hubiésemos salido cuando yo dijera...

- ...me hubiese reventado la cabeza! Porque estabas mucho más preocupado con seguir peleando por lo de siempre!!

- Pero, es algo que quiero arreglar! No me hizo gracia que me hayas metido los putos cuernos con...

- Van a seguir peleando? – interrumpió la mujer ave, trayéndolos a la realidad, mirándolos seria y molesta.

- No tenemos nada. – concluyó Ángel.

- Tomen asiento. Buen día. Gracias. – y les dio la espalda.

Entonces la pareja giró en sí misma.

Caminaron hasta la gente, se pararon a unos centímetros de la hilera de sillas, y se cruzaron de brazos a esperar de pie, en silencio.

En un principio miraron al frente, a la entrada, a la salida.

Luego a los techos y paredes despintadas, amarillentas.

Confirmaron el fenómeno de aquella mujer con sus modismos.

Finalmente, detuvieron sus ojos en los otros que también esperaban, y ambos estómagos se revolvieron un poco más.

Se miraron entre sí.

Se volvieron a la gente, con disimulo. Aquellos personajes eran dignos de observar: El primer era un hombre que desgarrado y amargado que tosía y salpicaba las palmas de sus manos con sangre. Había una anciana mugrienta se dormía lentamente inclinándose hacia delante y que poco antes de tocar el piso se enderezaba; sostenía una bolsa de pañales meados. El tercero era un muchacho entrado en pánico que se llevaba constantemente una mano a la altura del corazón. También había un enano de unos cuarenta años, que miraba fijo el horizonte con aire melancólico. Finalmente, estaba la obesa en sillas de ruedas, con dos muñones a la altura de las rodillas. En cada uno de los muñones, tenía un fuerte raspón y ninguna venda que la cubriera.

- Le viste el muñón? – le susurró Ángel a su novia.

- Está goteando sangre. – graficó Angélica, hablando bajo, bajo el dolor de la inmensa mejilla, que para esa altura ya era una gran bola roja.

Volvieron la mirada a la mujer.

- Nunca vieron a una mujer con las piernas amputadas raspase los muñones con una pared de ladrillos? – dijo sorprendentemente el enano, con la aún vista al frente. Serenamente se volvió a la pareja.

- Qué pasó? – preguntó la obesa.

- Te estaban mirando los muñones, querida. – le respondió el hombrecillo, mostrándose orgulloso.

- Y por qué mierda me miran los muñones, se puede saber? – los atacó la mujer, con tono serio, seco.

- Nadie le está mirando nada, señora.

- Mi novio y yo... - y se detuvo por un intenso pinchazo en la encía, que enseguida tuvo que cubrir con sus manos.

- Eso! No sigan! Cállense la boca y dejen de molestar! Sigán en la suya y nosotros en la nuestra! – dijo el enano, con tono peleador.

- Pero, qué te pasa, enano de mierda?! – le dijo Ángel, poniéndose en pose. A un lado, su chica y su boca.

El hombrecillo se bajó de su asiento de un saltito, y sorpresivamente se enfrentó al joven, con el pecho en alto.

- A quién le decís “enano de mierda”?!

- A vos!... Que estás buscando quilombo!!

De repente, la voz de la mujer ave surgió como un chillido.

- Qué está pasando ahí, señores?! A ver si hacemos un poco de silencio, que estamos en un Hospital!!

- Le estaban mirando los muñones a mi mujer! Y me dijo enano!!

- No hicimos nada! Se volvió loco y enseguida buscó pelea!

- Pero le estabas mirando los muñones a mi mujer, carajo!!!

- Silencio los dos! Esto no es un colegio! No quiero peleas estúpidas!

El enano clavó la mirada en la mujer, y apuntó con su dedo.

- Me está tratando de niño, señora?! Me está tratando de niño, tan sólo porque soy un enano?!

Angélica no pudo más. El dolor crecía y crecía, y aún más por los nervios de aquella infantil escena, en la que también estaba involucrada. Para peor, su novio tenía ganas de seguirla: parecía que como no había podido terminar de discutir con ella, cualquier motivo le era suficiente como para estallar.

- Ve?! Ve que está paranoico?! Cree que todos se burlan de él, o que le miran a la mujer...

- ... los muñones le miran! – insistió el enano.

- ... que le miran los muñones a la mujer! Y la verdad, es un acomplejado de la naturaleza, que nació enano y se consiguió una mujer de su misma altura para equilibrar los tantos!!! – gritó Ángel, y...

Un silencio. La mujer de la ventanilla se congeló, Angélica se congeló, los otros pacientes se congelaron, y la mujer que se dormía se despabiló.

Pero el hombrecillo no dijo nada. Tranquilamente giró en si mismo, y se dispuso a empujar la silla de su amada hacia la salida.

Cuando atravesó la entrada en silencio, pensó en un detalle, y se volvió.

Llegó hasta el asiento que había dejado libre, y aspiró con fuerza.

Apuntó y disparó una gran flema verde.

Dio media vuelta y se fue.

- Señor!... Señor! – dijo el ave. – Señor! – pero el enano se alejó con sus esposa. – Señor! A usted le hablo, señor!...

Ángel se volvió a la vieja.

- Qué pasa? – le preguntó, mientras ella lo miraba atentamente.

- Ve lo que hace?

- Qué hago?

- Nada, señor. Cállese y quédese tranquilo. Y ni piense que voy a ir a limpiar eso.

Ángel se volvió a su chica.

- Para qué hiciste enojar al enano? – le dijo ella, cruzada de brazos.

- Vos no hablés. – se apartó a un lado. – Acordate que te duele la boca.

Una hora después, Angélica y Ángel estaban sentados en el piso, al fondo de la sala, mirando hacia el gran ventanal. A través de él se vislumbraba el sol que asomaba para todo Tammerlane.

De todas formas, la guardia del Hospital de Agudos era de noche. O estaba nublado. Hacía un frío que penetraba en los pulmones a través del olor del ambiente.

Cerca, los pacientes de siempre, más un anciano ciego que había ido justamente a sentarse en la escupida del enano. Nadie alcanzó a reaccionar y avisarle: tan sólo se observaron en silencio.

En la puerta de entrada se habían instalados dos hombres de aspecto rojizo y con voz de borrachos. Esperaban a un amigo que sido internado de urgencia por una puñalada en el tórax, de parte del que los esperaba en el coche estacionado en la puerta.

- Por qué nos peleamos aquella vez? – le preguntó Ángel a Angélica, con tono desinteresado, pero escarbando.

- Qué decís? – dijo Angélica, distraída con su muela.

- Por qué que nos pelemos la vez en que te la cobraste metiéndome los cuernos con ese idiota?

- Otra vez? Otra vez vas a empezar?! Mirá lo que decís...

- Yo me acuerdo de los discos... - insistió sereno.

- Los discos fueron un detonante... Aparte, ya me venías cansando...

- Con qué?

- Tu histeria.

- Qué dijiste?

- Lo que escuchaste. Y hablo más! Que se me parte la cara!

- Listo, no hablo más! – refunfuñó - Pero me vas a tener que explicar esas pelotudeces de “histeria”. – y se largó solo, elevando un poco el tono – No soy un idiota que se deja basurear así porque sí! No podés decirme que soy un histérico cuando vos sos una idiota!... A ver,... Decime. Decime por qué mierda soy un histérico?! Decime... - pausa – Decime.

Un silencio.

- Por esto mismo, Dios. Porque te volvé loco, te desubicás, peleás, discutís... Y otra vez me hacés hablar!! – concluyó tomándose con ambas manos la mejilla.

- Entonces callate la boca!

- Señor!

Ángel deseó que no se trate de él. Odiaba que lo mandonearan.

- Señor! Está prohibido sentarse en el piso! – dijo el ave, desde la maldita cabina.

- Por qué no se puede? Todos los asientos están ocupados. – dijo Ángel, desde su posición, elevando el tono de su angustia.

Entonces la mujer señaló un papel al otro lado del salón. Pendía de la pared gracias a un trozo de cinta adhesiva, y la leyenda estaba hecha con

marcador azul. El mismo rezaba: "Prohibido Fumar. Prohibido Consumir Alimentos. Prohibido Sentarse En El Piso."

- Como rompen las pelotas...! – balbuceó el muchacho, y se puso de pie, sacudiéndose la mugre del pantalón.

- A usted también, señorita!

- Me duele la muela. – gimoteó Angélica.

- Cuando se desocupe un asiento...

- Deje que le doy el mío. – interrumpió el ciego, amagando a ceder su famoso banco.

- No, no, gracias. – dijo la chica, poniéndose de pie, también sacudiéndose el pantalón. – Puedo aguantar parada. Gracias.

- Falta mucho? – preguntó Ángel, acercándose a la "jaula".

- Falta lo que tenga que faltar. Todos los doctores están ocupados en estos momentos. Así que espere su turno, como lo hacen los demás.

- Eso, mierda! Déjense de joder! Que yo estoy desde las tres de la mañana y no me quejo! – atacó sorpresivamente, la mujer que dormitaba, desde su asiento. – Desde que llegaron que están jodiendo!

- No respondas, Ángel. – rogó Angélica.

- Ahí está! Hágale caso a su novia! No queremos otro evento! – atacó el pájaro por el espalda.

- Qué evento? – se entrometió el ciego.

- Ninguno, ninguno. – atajó Angélica.

Repentinamente, el joven tomó a su novia del brazo, y la llevó desesperado a la salida.

- Salgamos de acá! Este lugar es una locura. Me está comiendo la cabeza. Y tengo miedo romper todo.

- Irnos?! Y la muela?! – dijo enojada, elevando el tono por sobre su dolor – A dónde me vas a llevar? A un dentista privado? Si sabés que no tengo un centavo. Y con vos no puedo contar para nada!!

- Ya te lo dije: todo menos en plata. La mitad del alquiler y la comida es tuyo. En el amor, todo bien... Si es que se puede llamar amor. Después de lo que me hiciste con ese hijo de puta!

- Otra vez vas a sacar ese tema?! Otra vez?!

- Lo voy a sacar las veces que sea necesario! Nadie me mete los cuernos y se queda lo más tranquila!!

Un silencio. Ojos versus ojos.

- Por esto mismo! Por esto mismo pasó aquello...

- Ah, por fin! Por fin se te ocurrió hablar! Por fin tenés algo!

- Es lo que te digo siempre. Me cansás. Como me estás cansando ahora. Pero vos insistís con seguirla, con que vas a cambiar. Y me rogás, y todo sigue igual...

- "Me rogás"? Yo no ruego nada. A nadie. Es verdad que me sentí culpable de muchas cosas, y eso de volverme un poco loco... Pero nadie rogó. Pedí una chance por todo lo que éramos... – y retomó - ... Pero tuviste que ir y meterme los putos cuernos!

Un nuevo silencio.

- Andate. Andate y dejame en paz. – pidió ella con calma, y tomó asiento en el macetero árido que bordeaba la rampa. – Quiero que me atiendan, y más tarde pasar a buscar las cosas por la pensión.

- Qué decís? – dijo Ángel, preocupado – Cómo podés dec...

- No quiero seguir seguir. Quiero que se acabe. No coincidimos. No nos complementamos. No nos llevamos bien. – dijo, y pensó – Ojalá conozcas a una histérica y te baje la locura.

- Angélica...

- No insistas. Me quedo a esperar el médico.

- Angélica...

De golpe, el vidrio de la entrada de la guardia, resonó a golpes.

La pareja miró sorprendida. La maldita arpía había salido de su jaula para reprenderlos.

- Qué pasa?! – gritó Ángel.

- No se puede! – gritó tras el vidrio. – Están en el paso!

- Dios! Esta vieja no la termina nunca! – se quejó a su chica.

- Ves lo feo que es? – dijo Angélica, mirando a un lado.

El muchacho le clavó la mirada por un instante. Enseguida la tomó del brazo y la acompañó al interior.

Eran las once de la mañana, y el sol había cubierto todo Tammerlane.

Menos en la Guardia del Hospital de Agudos.

Para esa altura, el hombre acuchillado falleció y sus compañeros salieron a dar la noticia a sus parientes. Por su parte, el ciego que había venido por un problema de hongos en todo el pecho, tuvo un mal presentimiento.

- Qué insinúa, señor?! – le había preguntado la mujer de la ventanilla al ciego que gritaba de perfil.

- Que me voy a la mierda! Este Hospital es un matadero! – y se puso de pie. Avanzó, un pequeño tumbo y se paró en el medio de la sala. – Cómo mierda hago para salir de acá?! Alguien que me indique!

Entonces, el joven de las palpitaciones se acercó a él, lo tomó del brazo y lo llevó a la salida. Ambos se perdieron en la calle, en caminos opuestos.

Finalmente, la recepcionista dijo el número de la mujer de la silla de ruedas, el del ciego, el del muchacho, el de la mujer (que nuevamente estaba roncando) y...

- Soy yo!... - dijo el sufrido hombre de la tos.

Tosió nervioso, se puso de pie tembloroso, dio dos pasos, y cayó al piso.

Enseguida, un enfermero surgió de la nada para retirar a la nada su cuerpo desmayado. y desmayado fue arrastrado hacia adentro por un enfermero, que se negaba a que lo ayuden.

Angélica y Ángel se miraron.

- Bueno. Parece que ya te llaman. – dijo el muchacho, con una sonrisilla.

No hablaban desde la discusión de la entrada. Es más, se habían mantenido inmutados ante cada uno de los eventos de la Guardia, seguramente sumergidos en pensamientos veloces.

Las miradas volvieron al frente.

Un silencio que comenzó a extenderse.

Por la entrada apareció una mujer. Tendría unos cuarenta años, estaba vestida con un equipo de gimnasia desgastado, rengueaba con cierto aire malevo, su rostro era una sola arruga.

Tomó asiento en el lugar que había estado el ciego, y colocó sobre sus rodillas una bolsa llena de mandarinas. Tomó una y le dio un tarascón sin siquiera quitarle la cáscara.

- Qué miran?! – le preguntó sintiéndose invadida por la pareja.

- Qué le pasa? – le preguntó Ángel a su chica, intentando no haber entendido el tono de la queja.  
- Ni se te ocurra...– dijo Angélica.  
- Por qué no puedo saber qué le pasa? – desafió el novio.  
- Ya hablamos de esto. La conozco: esa tipa es una loca que vive cerca de la pensión. Grita sola en la calle, se acuesta con quien le dé un poco de comida y de falopa. Tiene como doscientos gatos. Y es para problemas.  
- Qué decís, perra? – se entrometió la mujer, escuchando los susurros.  
- 32! – anunció el ave, volviendo a escena de forma triunfal. Nunca fue más oportuna. La pareja se adelantó. – Por esa puerta.

Ángel y Angélica avanzaron, empujaron la puerta e ingresaron al angosto y eterno pasillo. Por un instante, se quedaron de pie, contemplando la cantidad de salas a los costados. No había nadie a quien preguntar, y ninguno quería preguntarle al ave.

Así que avanzaron.

Miraron hacia cada uno de los interiores, y en cada uno de ellos había personas recostadas en camillas, heridas, gimiendo, sangrando, llenas de manchas, costras, erupciones, amputaciones. Había vómitos, suero, chatas, meadas por el piso, botellas de agua mineral en las mesitas junto a la cama, parientes sentados, parientes llorando, gente rara que jamás conocerías, gente con camperas sucias, hambre, rezos, desolación, tragedia, Tammerlane...

- En qué puedo ayudarlos? – los sorprendió la maldita mujer pájaro de la ventanilla, surgiendo de una de las puertas.

- Pero, cómo puede ser?! – dijo Ángel, sorprendido a la par de su chica. - Usted nos va a atender?!

- ... a atenderme... - aclaró Angélica.

- No, no... - y el ave sonrió. – Me confunden con mi hermana gemela.

La pareja se sintió aliviada.

- Entonces? – preguntó la doctora, con una sonrisa amena.

- Me duele la boca. Creo que tengo una infección.

- Bien, chiquita. Ahora te reviso... - y la rodeó por los hombros para conducirla al interior del único consultorio libre.

Ángel se quedó en su lugar, anonadado. No podía creer lo dulce que era la nueva versión del ave. Al rato, ingresó al lugar.

Angélica se sentó en la camilla y abrió la boca. La doctora la revisó. Mientras tanto, el muchacho se distraía contando los azulejos amarillos manchados de sangre o mugre.

- Es una infección.

- Seguro. – dijo Ángel, irónico como siempre. - Y ahora?

- Tienen el bono? – preguntó la doctora, con una sonrisa.

- Qué bono? El de la entrada?

- El de cinco pesos. – explicó un poco seria.

- No. Por qué?

- Porque del otro lado del bono le hago la orden para que la atienda el dentista.

- Me lo imaginaba! – se quejó en voz alta – Alguna vuelta tenía que tener ese bono! – se volvió a Angélica – Te das cuenta, amor?! Te das cuenta cómo trabajan en confabulación?! Todo termina en el puto bono de cinco pesos!!

- Señor...

- Ángel...

- Si yo le expliqué a su hermana que le duele la b... muela! Ella sabía que iba a necesitar un dentista! Y resulta que aparece usted con otro rollo nuevo, dejando que a mi novia le reviente la cabeza! Todo porque no hay bono, no hay médicos, no hay una mierda!

- Ángel...!

- Señor...!

- Sepa que el bono me lo paso por la raya del culo! Me olvidé la billetera en la pensión, y no voy a caminar quince cuadras para pagarles el café y las medialunas a todas ustedes, para que se sigan rascando las pelotas!

- Con el bono se hace mucho más. – dijo el ave, retomando la mirada de su hermana. – No todo es café y las medialunas en un Hospital, señor!

No hubo más que decir. Por un lado la ira, por otro lado la indignación, la verdad y la injusticia de los empleados del Hospital, aunque la burocracia, la falta de contención, la mugre, la sangre, los vómitos, el suero, los azulejos amarillos...

Ángel tomó del brazo a su chica. Antes que salieran, la doctora lo tomó del brazo:

- ... De todas formas, acá tienen la orden. – y les entregó un papel que sacó de su bolsillo, el cual llevaba un horrendo sello borroso. Sonrió irónica.

“VALE”

- Qué es esto de “Vale”? – se atrevió a preguntar Angélica, .

- Significa que tienen que pasar por “Prestaciones”. Después de todo, no es tan complicado como dice, señor... - ironizó y apuntó con el dedo al muchacho. Se calmó y prosiguió: - Dan la vuelta, llegan del otro lado del Hospital, la tercera puerta desde la entrada principal. En esa ventanilla les sellan la orden por no haber pagado el bono, y de ahí van a la entrada trasera del Hospital, ventanilla 47, Odontología.

“CERRADO”

- Qué significa “Cerrado”? – le preguntó Ángel, al efectivo de seguridad en la entrada del Hospital. En la mano llevaban la orden provisoria para sellarla en Prestaciones.

- Significa que cerró.

- Pero,... a que hora abren? – dijo el muchacho, tratando de contenerse.

- Mañana.

- Cómo “mañana”?! Nos mandaron con este papel de m...

- ... para que me den un dentista. – atajó Angélica.

- Los lunes cierran más temprano. Van a tener que venir mañana.

- Mañana?! Mañana dice?! – y Ángel revoleó la mirada para todos lados.

- “Cerrado”! El lugar del puto sello está “Cerrado”! – le dijo el muchacho al ave original, mostrándole el cartel de papel que se había traído de Prestaciones.

La maldita vieja dejó su revista de chimentos a un lado, y se volvió a la pareja con cierta indiferencia.

- Los lunes, Prestaciones cierra temprano.

- Usted nos está tomando el pelo?! – preguntó Ángel.

- Cómo dice, señor?

- “Señor”, las pelotas! Me están volviendo loco! Entre usted, el enano, la tipa de las mandarinas o la fotocopiada de su hermana, me van a terminar



desquiciando. Apuesto que si conseguíamos el sello, Odontología iba a tener la ventanilla cerrada! O peor! En esa ventanilla habría una trilliza suya para seguir quemándonos la cabeza con tal o cual papelito. Por qué?... Porque en este Hospital lo único que saben es matar a la gente con papelitos!

- Carajo!! – concluyó Angélica, y se volvió a su novio con una sonrisa histérica.

De repente, la gente que esperaba en Guardia estalló en un aplauso.

Acto seguido, la mujer entregó un nuevo papelito sellado, sin chistar. En el mismo llevaba escrito con marcador rojo la palabra “Urgente”.

Minutos después, Angélica fue intervenida.

- Dolió? – le preguntó Ángel a su chica, acerca de la muela que le habían sacado.

- Un poco. – alcanzó a decir, y se llevó las palmas a la mejilla.

Estaban en la vereda de la entrada principal del Hospital, a punto de retomar la cuestión de los destinos.

- Venís?... – dijo el muchacho, tímidamente. Miró al piso, se agachó y tomó una colilla con bastante tabaco. Se la llevó a la boca y la encendió.

- Quiero estar sola.

- Te entiendo. – se acercó a ella y le besó la mejilla sana. – Mientras te atendían lo estuve pensando. Creo que es lo mejor. Y si bien me duele, creo que es lo que necesito.

- Vamos a crecer.

- Lo que necesito es una histérica. Así me baja un poco la locura. – ironizó el muchacho. – Llegó a la frente de su chica. – Te quiero. – le dijo y la besó. – Te espero.

Un silencio. Los ojos reflejados.

- Estás bien? – le preguntó ella.

- Nos acaban de curar el dolor de muelas del alma. Yo también necesito estar solo y descansar.

Una sonrisa.

Más allá de todo lo que se quisieran, más allá de todo lo que los uniera, más allá de las peleas y los odios relativos, ahora ambos sabían que no podían estar nunca más juntos.

Algunas cosas son buenas mientras duran, y un infierno cuando se hacen eternas.

Seguramente quedaría algo más por hablar. O nada.

Después de toda la odisea, el atardecer se presentaba melancólico, pero bello a la vez...

... sobre todo cuando se despidieron, y cada uno tomó camino a su propio horizonte.

FIN